Apuntes para la Historia *de la Pintura en Jalisco* II

Por MAGDALENA GONZALEZ CASILLAS

Los pintores regionalistas o populares.

ALGUNOS DE ESTOS artistas pasaron por las aulas de la Academia dirigida por José María Uriarte, pero acabaron por sacudirse la escasa influencia recibida en ella, desenvolviéndose por ámbitos muy personales, originales y mexicanísimos.

Se dedicaron a lo que podía dejarles más provecho económico porque era lo que su clientela solicitaba: ex-votos de agradecimiento por favores recibidos de Dios, la Virgen o algún santo, conservados en alguna capilla casi como continuación ornamental de los retablos, razón por la cual los pintores que los ejecutaban eran también conocidos como "retableros". Hay quien los ha designado "nacionalistas" por los temas que reprodujeron; quien prefiere catalogarlos de "populares" por el ámbito en el que trabajaron y su proximidad con el espíritu artesanal; y quien prefiera llamarlos "regionalistas" porque su producción reflejó un perímetro reducido.

Además de los ex-votos cultivaron el retrato, género que se había popularizado mucho desde finales de la Colonia, como ya se mencionó en el artículo pasado. Los clientes de retratos, sin embargo, se dividían en dos grupos: el de los criollos ricos, de finas facciones europeas que preferían a los pintores academicistas y podían pagarlos; y el de los mestizos clasemedieros, de facciones y colorido muy distinto al de los ideales Neoclásicos, cuyos bolsillos escaseaban en doblones y acudían, para ser inmortalizados, a los pintores baratos de corte popular, que jamás los desdeñaron como modelos.

Gracias a esta circunstancia, la típica clase media de sacerdotes y curas pobretones; canónigos poco afectos a los dispendios; médicos, jueces, bachilleres, licenciados, burócratas y rancheros, con sus familias, sus muebles, sus animalitos domésticos y sus muertitos, desfilaron en rica procesión bajo la mirada escrutadora y el pincel inseguro de artistas que su tiempo no apreció, pero que en el siglo XX han despertado unánime entusiasmo de los críticos.

La pintura popular se caracterizó por la libertad de formas, la viveza en el color, el abandono del claro-oscuro, la ausencia de alarde técnico, la intuición ingenua y la gracia con la que imitó las modas de su época. Para Xavier Villaurrutia, sus artistas fueron "Verdaderos juglares del retrato" y sus cuadros, "romances plásticos que narran (...) la vida novelesca y romántica de un rostro".

Todos los críticos están de acuerdo respecto de la vigorosa plasticidad y el realismo que alcanzaron con muy limitados medios de expresión.

Cubiertos de polvo y olvido en capillas de pueblos y haciendas, en baratillos y hospitales, en tiendas de anticuarios de barriada y en viejas casonas ancestrales de familias de Jalisco y El Bajío, los retratos y "retablos" populares fueron siendo descubiertos paulatinamente por buscadores de estos tesoros, ya en nuestro siglo, y ahora forman parte de orgullosas colecciones particulares y museos de Guadalajara y la ciudad de México, donde se les rinde admirativo tributo por parte de críticos y aficionados.

José María Estrada.

De entre los pintores populares de la primera mitad del siglo pasado, Estrada ha sido el más comentado, difundido y apreciado, pudiendo decirse que fue la punta de lanza que llevó al descubrimiento y valoración de los demás.

Lo descubrieron Carlos Orozco Romero y Roberto Montenegro Nervo, quienes se lanzaron en pos de sus obras, hurgando por doquiera en búsqueda afanosa y fructífera. Siguieron luego sus pasos Crispiniano Arce y Jesús Reyes Ferreira. La generación del "Centro Bohemio" se convirtió en su incondicional admiradora y promotora. José Guadalupe Zuno logró adquirir tres cuadros de Estrada y el Instituto Nacional de Bellas Artes compró en 1937, a Crispiniano Arce, 36 obras, de las cuales una selección conforma la Sala José María Estrada. El Museo Regional de Guadalajara posee algunas; la galería iconográfica del convento franciscano de Zapopan tiene otra; y el resto se halla en manos de particulares en la capital de la República y en nuestra ciudad, o en la Hacienda de Cedros, Jal., en posesión de la familia Villaseñor.

Ahora bien, ¿quién fue José María Estrada, o José María Gutiérrez de Estrada, o José María Zepeda de Estrada?

Es muy poco lo que con certeza se conoce de su vida; su producción ha confundido a varios y su firma misma difiere de cuadro a cuadro, no existiendo incluso en algunos de ellos, teniendo que adivinar al autor a través de su estilo pictórico.

Se sabe que fue oriundo de Guadalajara, donde estudió algunos años en la Academia con Uriarte; que trabajó algún tiempo en el taller del maestro; que fue un retratista fiel y pintó ex-votos para clientes pueblerinos de El Bajío y de Los Altos de Jalisco; y, finalmente, que murió a principios de la sexta década del siglo XIX.

Respecto a la fecha de su nacimiento hubo quien creyó poder ubicarla hacia la segunda década, hipótesis descartada con el descrubrimiento del retrato de Félix Barajas, en Lagos de Moreno, pintado en 181... Aunque la fecha exacta haya sido borrada por el tiempo, lo que se conserva de ella indica que para la segunda década, el artista se encontraba en plena producción. El retrato fue firmado por "José María Estrada, aficionado a la Arte". Y aficionado aparece, en efecto, con su gruesa caligrafía y sus abundantes faltas ortográficas.

Crispiniano Arce descubrió, en su insaciable búsqueda de Estradas, lo que parece ser su autorretrato, en el Hospital de las Hermanas de la Caridad, en Salamanca. Se trata de un modesto cuadrito realizado en hoja metálica, de 20 por 12 centímetros, enmarcado en hoja de lata y protegido con doble vidriera. En el lado principal ofrece la imagen del Señor de la Misericordia y en el reverso, el retrato de un hombre de facciones mestizas, de entre 30 y 40 años de edad, vestido de forma modesta y dueño de una expresión enérgica, aunque tranquila. Carece de firma, pero las religiosas recordaban que lo había pintado un José María en acción de gracias por haber sido curado cuando viajaba de Guadalajara o de Lagos a la ciudad de México.

Entre los cuadros de la colección de Zuno, hay uno que ejemplifica las deficiencias ortográficas del autor:

"V. R. (verdadero retrato) del Licenciado Dn. José María Magdaleno Gutierres y Quesada Abogado de todos los Tribunales de la República Mexicana Sub-teniente retirado del Batallón Actibo de Guadalaxara. Nasio en dicha ciudad el 22 de julio de 1801 y murió en la misma el martes 26 de nobiembre de 1828 a la una... d..."

En el pliego que el ilustre abogado lleva en la mano derecha se lee la firma del pintor, en pequeños caracteres que dicen: "V. R. de José María Gutierres".

En cambio, en una composición ejecutada al óleo sobre lámina, en la que se aprecia a los esposos Francisco Carreón y Justa Apodaca, fechada en 1839, la firma es de José María Zepeda. La minucia en los detalles y las variantes caligráficas hicieron suponer a Zuno que se trataba del hijo de José María, aunque estas características son apreciables en los retratos del canónigo Salvador Apodaca, tal vez pariente de Justa, y el rico español Juan Manuel Caballero, fechados un año después y firmados por José María Estrada. Como dato curioso Leopoldo I. Orendáin encontró, entre sus **Viejos Papeles,** el recibo que el pintor entregó a Francisco Martínez Negrete por la suma de dieciocho pesos, costo de la pintura que éste mandó hacer para regalar a la viuda de su amigo Caballero. El monasterio zapopano conserva otro retrato de Juan Manuel hecho por Estrada y pagado por Martínez